

ESTRATEGIAS DE GUERRA Y TEXTO EN CONTRAATAQUE DE RAMÓN J. SENDER*

Mary S. VÁSQUEZ

Años después de la muerte de Franco y expeditos ya los accesos a la investigación, así como abiertos también los foros al debate, puede ya darse buena cuenta y razón de la guerra civil española. Aun bien pasado y todo el cincuenta aniversario de su fin, no por eso ha de cesar el largo y penoso proceso de ponderar y evaluar ese hecho histórico, proceso que, de alguna manera, habrá de continuarse indefinidamente, pese a las objeciones de algunos para quienes la guerra de España es un tema acabado y aburrido, si no ya un asunto que apesta a cadaverina.

Pues bien, puestos a reanudar el proceso de revisión y ajuste de cuentas histórico de que hablábamos, la obra *Contraataque* de Sender nos parece un texto fundamental. *Contraataque* es la única novela escrita en tiempos de guerra de un autor tan popular como Sender, quien ya antes de declararse esa lucha fratricida gozaba del favor de un gran público lector, publicados como llevaba ya sus buenos quince libros y cantidad de artículos en la prensa española de mayor audiencia y prestigio.

Que esta novela, *Contraataque*, y el cuento infantil *Crónica del pueblo en armas* (1936) sean los únicos que el novelista escribiera durante la guerra no debe sorprender a nadie, puesto que no en balde la guerra «intestinal» española fue una pesada cruz en la vida de Sender, como para la gran mayoría de los españoles.¹

* Este trabajo es una refundición en nueva versión ampliada del artículo publicado por la autora en el libro colectivo COMPITELLO, Malcolm A.; BROWN, Frieda S. et al. (eds.), *Rewriting the Good Fight: Essays on the Spanish Civil War*, East Lansing, Michigan State University Press, 1989. La traducción y esta nota aclaratoria corresponden a Francisco CARRASQUER, coordinador de este volumen.

¹ Amparo, la mujer de Sender, era de una familia republicana de Zamora, donde fue fusilada; y su hermano, Manuel, que había sido alcalde de Huesca capital, fue asesinado por la Falange local. Sus dos hijos, de uno y tres años respectivamente cuando la madre fue fusilada, los recuperó sanos y salvos en Francia unos meses después de la tragedia, gracias a la Cruz Roja Internacional, de cuya intervención pudo valerse Sender. Todos estos sucesos vienen relatados en el libro de Marcelino C. PEÑUELAS, *Conversaciones con Ramón J. Sender*, Madrid, Magisterio Español, 1970, pp. 57-59, 88-91 y 129; así como también en el otro libro de PEÑUELAS: *La obra narrativa de Ramón J. Sender*, Madrid, Gredos, 1971, pp. 25-26.

Tratándose del autor Sender, de tamaño formato literario y de productividad tanta que no decreció, por cierto, hasta su muerte en febrero de 1982, sólo ese hecho de ser novela única en tiempos de guerra habría de bastar para despertar nuestro mayor interés por ese libro. Tanto más cuanto que *Contraataque* no es sólo la novela que escribe en pleno infierno de la contienda del 36-39, sino que es *su* novela de la guerra civil española: un libro vibrante, un documento tan fehaciente como testimonio inapelable de la vida y talante de la España republicana, desde los últimos meses de la inmediata preguerra, a partir de mayo de 1936, la resistencia republicana al golpe militar fascista y el caos del principio, hasta la heroica defensa popular de Madrid ya en noviembre y diciembre del mismo año.

Escrita en unas circunstancias que no podían ser más que atrozmente angustiosas, por el cerco puesto a la capital de la República, amén de la honda aflicción de su personal tragedia, la obra fue traducida al inglés a toda prisa por sir Peter Chalmers Mitchell y publicada en Londres en 1937 con el título *The War in Spain*. A menos de un año de distancia, se editaba en Estados Unidos bajo este otro título: *Counter-Attack in Spain*. Y en París el mismo año de 1937 una edición francesa. Sólo hasta 1938 no ve la luz la obra completa en España por la editorial del Partido Comunista «Ediciones Nuestro Pueblo», si bien ya se había publicado en 1937, por las también comunistas «Ediciones del 5.º Regimiento», el capítulo VIII de la obra bajo el título «Primera de Acero», en forma de panfleto.

Como era natural, los primeros críticos de *Contraataque*, cuyas reseñas más tempranas aparecieron en Londres el mes de noviembre de 1937, y en los Estados Unidos en julio de 1938, no podían más que deshacerse en elogios ante este libro de Sender, por ser un reportaje tan vívido del conflicto que el mundo intelectual de las democracias occidentales seguía tan de cerca y con tan intenso interés. Las publicaciones periódicas en que aparecían estas reseñas (*The Saturday Review of Literature*, *The Nation*, *The New Statesman*, entre otras revistas) iban llenas entonces de artículos sobre la guerra de España y su contexto histórico. Algunos críticos, como el propio traductor del libro –que residía en Málaga cuando estalló la guerra civil–, se sentían comprometidos hasta la médula con la suerte de España. Ralph Bates, por ejemplo, estaba en gira de conferencias por Estados Unidos, haciendo campaña en favor de la República española, cuando escribió su comentario sobre *Contraataque* en *The Saturday Review*; es más: había estado combatiendo como oficial de la 15.ª Brigada Internacional en el frente republicano.

Para estos críticos de primera hora era *Contraataque* una fuente de verdad, de «la verdad»: una visión directa e inmediata que sobre España tenía un español inteligente, idealista y sensible, capaz de aportar información de primera mano y sobre todo comprensión del conflicto por encima de la información caótica, siempre controvertida e incompleta cuando no parcial y manipulada que venía de ambos frentes y de los políticos, ayudando así a proveer a la opinión pública de «las piezas importantes que se echan de menos en el mosaico de los primeros días

(de la guerra)».² Al menos uno de aquellos críticos supo captar la tesis implícita del libro de Sender y que constituye una parte esencial del idealismo reinante: cuán común es el patrimonio de la humanidad toda. «No es un sueño o una fantasía de H. G. Wells, sino una ciudad ni siquiera muy lejana»,³ escribió a la sazón David Garnett en *The New Statesman and Nation*. Otros críticos remiten también a los pasajes líricos del libro y, así, para Mildred Adams, que escribía en *The Nation*, *Counter-Attack in Spain* «es tanto un conmovedor testimonio de primera mano», como «la obra de un artista».⁴

La edición en español en 1938 –de la que quedan muy pocas reseñas– no se reedita hasta 1978, por Ediciones Almar (Salamanca), y aun ésta no se basa en el original. En efecto, Sender afirma en su «Introducción» a la misma (en noviembre de 1978), titulada «Cuarenta años después», que los editores comunistas de su primera edición española cambiaron la frase suya: «algunos creen que yo soy comunista y me extraña, porque no lo soy», por esta otra: «... y no me extraña, porque lo soy». Sender atribuye este cambio al entonces ministro de Educación, Jesús Hernández. Si admitimos esta versión –que puede ser más subida de tono con los retrospectivos reconocimientos de que nos ocuparemos más adelante– no parece sino que los cronistas abrigasen una profunda desconfianza hacia Sender por su actitud crítica, cada día más manifiesta, a su respecto. Y eso, a pesar de que en su *Contraataque* no escatima alabanzas al cometido, visión y organización de los mismos comunistas. En cualquier caso, es bien cierto que Sender venía colaborando muy estrechamente con los comunistas desde hacía algún tiempo, tal y como lo había hecho anteriormente con los anarquistas, pero sin haber pertenecido nunca ni a la C.N.T. ni al P.C.E. Es, por otra parte, muy propio de Sender que haya mantenido la misma inversión de la frase de marras en la nueva edición por él mismo introducida.

No era de esperar, naturalmente, que *Contraataque* se reeditara en la España de Franco (a no ser clandestinamente, claro), con toda la apasionada defensa de la República y la no menos arrebatada condena del fascismo de Falange que el libro representaba. Tampoco la mayor parte de las muy conocidas novelas del primer período senderiano tuvieron más edición que la original de preguerra durante muchos años⁵ –aunque no tantos como los que cubren el franquismo–. Así y todo,

² Mildred ADAMS, «Memoirs of a Fighting Writer [review of *Counter Attack in Spain*]», *The Nation* (13 de noviembre de 1937), 536.

³ David GARNETT, reseña sin título de *The War in Spain*, *The New Statesman and Nation* (31 de julio de 1937), p. 187.

⁴ Mildred ADAMS, «Memoirs...», *op. cit.*, p. 531.

⁵ Son éstas: *Imán* (Madrid, Cenit, 1930); *O. P.* (Madrid, Cenit, 1931); *Siete domingos rojos* (Barcelona, Balagué, 1932); *Viaje a la aldea del crimen. Documental de Casas Viejas* (Madrid, Pueyo, 1934); *La noche de las cien cabezas* (Madrid, Pueyo, 1934); *Mr. Witt en el Cantón* (Madrid, Espasa-Calpe, 1935). Menos conocida es *El verbo se hizo sexo* (Madrid, Zeus, 1931); muy reelaborada, se publica bajo el título *Tres novelas teresianas* (Barcelona, Destino, 1967).

la verdad es que las ediciones de *Cenit*, *Zeus*, *Balagué*, *Pueyo* y *Espasa-Calpe* aún fueron más asequibles que la de *Contraataque*, publicado como lo fue bajo tan peculiares circunstancias; el propio Sender se queja, en su ya mentado prefacio «Cuarenta años después», de que no hubiese estado en posesión ni de un solo ejemplar de la primera edición española.⁶ Con semejante inaccesibilidad se explica, de todos modos, la casi total ausencia de atención de los críticos por *Contraataque* en los años de la inmediata posguerra, como bien lo demuestran las bibliografías de King y Espadas. Muchísimo mayor fue el interés de los críticos al volver a editarse en 1978, dado el asunto del libro, que de seguro es tema de interés duradero.

Ni siquiera la ola de profundos y generalizados compromisos sociales de los años 60 despertó en mayor medida la curiosidad de los hispanistas estadounidenses (por limitarme a lo que mejor conocemos) por *Contraataque*. Y aun un estudioso de Sender tan señalado como Marcelino Peñuelas despacha esta novela tan breve como expeditivamente, igual en su libro *La obra narrativa de Ramón J. Sender* como en el titulado *Conversaciones con Ramón J. Sender* (1970). Aunque Peñuelas incluye *Contraataque* en su lista de novelas de Sender en su conclusión a *Conversaciones...*, no figura, en cambio, entre las doce obras (más *Crónica del Alba* en nueve tomos, que aborda aparte) tratadas en el propio texto de un diálogo especial, como tampoco menciona la obra que nos ocupa en la «Introducción» al libro de «Novelas y Cuentos» (Madrid), aun siendo de una nada parva extensión: 46 páginas. En el otro de *La obra narrativa...*, de Gredos, Peñuelas hace una sola referencia a *Contraataque*, tildándola de obra de propaganda en estos términos:

... una narración bélica escrita con claras intenciones de propaganda que el autor no se preocupa de disimular. Pero se trata de una obra de circunstancias, escrita con la única intención de presentar la causa republicana ante el público extranjero en momentos críticos en que la propaganda política de la guerra española era un arma de importancia.⁷

El término «propaganda» ha adquirido, como es bien sabido, una connotación señaladamente peyorativa en los últimos decenios (¡sobre todo desde Goebbels!), pudiendo tomar, desde aquella acepción de antaño de una literatura que se escribe al servicio de una buena causa con la intención de persuadir y convencer, hasta la popular y corriente de hoy que entraña manipulación y distorsión más o menos burdas o aviesas. Pero lo que con toda probabilidad ha podido ocurrir es que una corriente de antipropaganda haya disuadido a los lectores susceptibles de interesarse por conocer directamente ese libro sumido en la sombra y del que no se oía hablar en absoluto en voz alta; probabilidad que ha debido de combinarse, además, con la inasequibilidad, durante tanto tiempo, de la novela, por cier-

⁶ Ramón J. SENDER, «Cuarenta años después», *Contraataque*, Salamanca, Ed. Almar, 1978, p. 12.

⁷ Marcelino C. PEÑUELAS, *La obra narrativa de Ramón J. Sender*, Madrid, Gredos, 1971, p. 97.

to de más de regular extensión, con sus 390 páginas; todo lo cual ha hecho que *Contraataque* haya sido la novela de Sender menos leída y menos conocida de las suyas de los años 30.⁸

Ya he dicho antes que considero *Contraataque* un texto fundamental. Y no tan sólo por su valor de documento, cosa de por sí importante en extremo. Lo que para mí es, en definitiva, la novela, es esto mismo y algo más: una obra compleja, ambigua y ambivalente, levantada sobre un esencial conflicto y peraltada con posiciones contrapuestas, pero que encierra asimismo pasajes de una belleza y de una potencia de expresión superiores, teniendo más que ver aquella complejidad con un tratamiento literario, exactamente como debe hacerlo una novela que lo es. Y aunque el contenido de la obra entrañe propaganda, esos pasajes constituyen una parte integral de la estructura contrapuntista que nos brinda una visión múltiple y contradictoria de la realidad tratada y que dista no poco de la visión con anteojeras de la propaganda a secas.

El vehículo que nos lleva a dicha visión compleja y que contribuye a crearla es la alternancia o permutabilidad de la voz narradora. Oigo yo cuatro voces distintas en la narración *Contraataque*, y todas ellas son la expresión de una misma entidad teórica. El primer narrador es el que nos cuenta el período comprendido entre mayo y el fatídico 18 de julio de 1936 y, aunque hable en primera persona, sentimos sobradamente su presencia oculta tras las evocadas tendencias en liza y a la sombra de un personaje anónimo cuya interpretación sale, no obstante, a la luz a través suyo filtrada. Una vez declarada la guerra, se produce un cambio en la función narradora y, para efectos de la novela, de hecho funcionan dos voces narradoras contrapuestas entre sí. Una, fuertemente vinculada al autor comprometido, es la de un narrador-actor, de un cronista-soldado que, en su calidad de participante en los hechos que narra, evoca al mismo tiempo los matices y sentimientos que impregnan el ambiente. Y así es como se sumerge en este contexto revivido que él mismo va interpretando sobre la marcha. Ésta es la voz predominante de la novela. Al lado opuesto se oye otra voz narradora que yo llamaría exhortativa, exclamatoria, insistente, empeñada en levitarnos sobre la fronda del árbol de modo que podamos ver bien el bosque entero y verdadero. Esta voz viene a contradecirla y hasta a subvertirla el propio contenido de la voz narradora predominante en el relato. Y por último, hacia el final de la novela, se oye una cuarta voz que, en una lacónica y sobria prosa, de gran contraste, por cierto, con la jugosa, exultante y florida prosa tan rica en metáforas de la mayor parte del libro, nos cuenta la bárbara tragedia personal que se cebó doblemente en el autor, a saber: el asesinato de su esposa, Amparo, y de su hermano Manuel a manos de los franquistas en el otoño

⁸ Uno de los escasísimos estudios críticos de *Contraataque* es el de Jean-Pierre RESSOT, «De Sender a Malraux», *Mélanges offerts à Charles Vincent Aubrun*, Paris, Éditions Hispaniques, 1975, pp. 195-203, reed. en: José Carlos MAINER (ed.), *Ramón J. Sender. In memoriam. Antología crítica*, Zaragoza, D.G.A., Ayuntamiento de Zaragoza, Inst. «Fernando el Católico» y C.A.Z.A.R., 1983, pp. 333-341.

de 1936. Esta parte de *Contraataque* constituye un subtexto que exige una relectura y una reinterpretación de todo lo escrito anteriormente. Las conclusiones del lector serán, probablemente, las de convenir en la corrección de los temas implícitos en la primera parte de la novela, así como en el relato de la voz narradora predominante en la mayor parte de la narración, con las implicaciones genéricas, por añadidura, de la índole que más y mejor rinde a partir de experiencias de la más profundamente grabada idiosincrasia personal.

En los primeros segmentos de *Contraataque*, el personaje tras el cual tiende a desdoblarse la tácita presencia del autor es un oscuro y anónimo capitán del ejército con destino en África que ha llegado a Madrid para alertar sobre una insurrección que va a estallar allí muy pronto; hay que alertar a las autoridades como sea, hay que hacerla abortar caiga quien caiga, antes de que sea demasiado tarde. Insiste el capitán, habla y habla excitado sobre la evidencia del caso a todo el que quiere oírle, pero los que le escuchan son pocos y encima no los convence. Por fin, el narrador le consigue al capitán una entrevista con un coronel del ministerio de la Guerra y le acompaña a la cita. El coronel le escucha con fastidio harto visible y se niega a creer todo lo que el capitán le asegura. Los acontecimientos, naturalmente, hacen del capitán un profeta en otra tierra –ya que, como Sender da a entender con ahínco, todo podría suceder y suceder muy pronto, según había advertido el capitán–.

Tras la lectura de un texto como éste, que trata del período de la preguerra inmediata y de los primeros meses de la guerra civil, nos sentimos inevitablemente impresionados, dado nuestro conocer cronológicamente anticipado, ante la real ignorancia del lector contemporáneo sobre el desenlace de la guerra. Contrariamente al conocimiento intratextual retrospectivo que nos apuntan las sobrias secuencias del final de la novela, el conocer anticipado está fuera de texto y así debe ser y debe quedar en una lectura literaria. Tampoco es necesaria otra cosa. Porque ya en el primer tramo de *Contraataque* se establece un fondo de inevitabilidad. Y no sólo por la llegada de la guerra civil, sino porque se realiza también una sugerencia del desastre final. Sopla como un aire de tragedia y, al igual que en las tragedias helénicas, intervienen ráfagas de fatalidad en el desenlace y el héroe es ciego. Ya nos advierte Peñuelas en *Conversaciones...* que Sender tendía siempre a adoptar un punto de vista trágico de la humanidad.⁹ En este mismo tramo inicial nos revela, con harto poder de convencimiento, el primero de toda una serie de errores y fallos de la República que en *Contraataque* se denuncia: el exceso de confianza en sí misma y su estar fuera de la realidad. Semejante actitud parece revestir en la narración estos tres aspectos: primero, idealismo y absoluta convicción; segundo, la euforia de que fue presa la real existencia de la República, y tercero, la falta de visión política.

⁹ Marcelino C. PEÑUELAS, *Conversaciones con Ramón J. Sender*, Madrid, Magisterio Español, 1970, p. 40: «A Sender le atrae siempre lo que directamente confronta o roza el sentido trágico de la existencia».

Así que la novela pasa de la declaración de guerra y primeras semanas de la misma a la segunda fase, que es, con mucho, la parte más extensa. Y la aludida proclividad a lo trágico se estira hasta la inclusión de la confusión y frangollo en el relato veraz, hasta la traición y los abusos desde dentro, tema éste que recorre toda la novela de punta a punta; no sin poner de relieve la excesiva decencia en el gobierno de Madrid, cualidad ésta que aparece en boca de la voz exhortativa como una evidencia de que la República no puede por menos que triunfar por su misma bondad, mientras que para la voz narradora predominante es vista esa cualidad como una posible debilidad, a saber: la República es demasiado buena para triunfar militarmente, y mucho menos para hacerlo ante las fuerzas armadas que le hacen frente con tanta saña. Si bien, a fin de cuentas, esa debilidad, incluso para la voz narradora predominante, puede resultar una baza moralmente superior tarde o temprano. Lleva a cabo, a este respecto, *Contraataque* un fiel retrato de la Bestia Fascista, fiera rabiosa arrancándose la cola. La visión complementaria de la irreparable pérdida que es toda guerra civil –cualquier guerra de cualquier clase– completa el cuadro.

En esta parte, la mayor de la novela, las dos voces narradoras, la predominante y la exhortativa, se mueven en separados y entrecruzados círculos concéntricos: la predominante, de lo personal a lo común y viceversa; y la exhortativa, de lo inmediato a lo remoto y vuelta a lo inmediato. Estos círculos se entrecortan en dos puntos: en el capítulo donde se inserta la «Primera de Acero», la compañía de voluntarios con una moral y unos principios de organización que constituyen la primera motivación de la novela en cuanto respuesta al caso, constructiva, frente al caos y despilfarro reinantes de los primeros días de la guerra; y en los finales de 1936, en la defensa de Madrid, concretamente.

Para la composición de esta parte, la del león, de la novela, las dos voces coexisten y se relacionan por oposición y contrapunto.

Al empezar la guerra, el narrador está veraneando con su mujer y sus dos hijos chiquitines, en San Rafael, en plena sierra de Guadarrama. El narrador se ve obligado a dejar mujer e hijitos al cuidado y protección de parientes y amigos y él ha de cruzar las líneas enemigas hasta que se reúne con los grupos más próximos del frente republicano, que encuentra tan confusos y desbaratados como ávidos y necesitados de una buena dirección. Y a continuación escribe la crónica de la formación de la «Primera de Acero», así como de los inicios de la República, convirtiéndose en una máquina de guerra que ha de asentarse sobre bases democráticas y guiarse por la moralidad, bien entendida, en lucha por su supervivencia, y sobre todo enfervorecida por un sueño de paz, justicia, igualdad y libertad. A todo esto, está presente el narrador en la defensa y eventual ataque a una posición de Cabeza Lijar. Solicitado por un grupo de soldados para que sea su jefe, el narrador acepta y se traslada con su compañía a los frentes del Sur. Vive y comparte sus experiencias de la guerra individualmente y como miembros de una pequeña unidad. En

las apreciaciones que hace de los oficiales que se han hecho por sí mismos, todos sin excepción de extracción humilde, el narrador distingue claramente entre lo que la República significa como expresión de un ideal –la voz del pueblo, de sus esperanzas y de su autonomía– y su conducta y praxis en cuanto Gobierno, afirmando de paso con precisión cuáles han sido las propias faltas de los responsables políticos con la causa popular, a pesar de gozar de un nivel de formación mucho más elevado, privilegiado, en suma, en comparación con el del pueblo español. En el improvisado gobierno no ve más que chapuza, juicio trastornado y erróneo, seguro menoscabo. En Cabeza Lijar, por ejemplo, una vez bien emplazadas las baterías para batir certeramente al enemigo, sus hombres tuvieron que estar toda la noche, apretados como sardinas en los vagones de tren, esperando la orden de ataque que no llegó. Pasado el primer ímpetu en tensión a la expectativa de ataque, era de esperar que cundiera entre los soldados el desánimo. Y con los hombres desmoralizados, el resultado no podía ser más que un desastre tan completo como inevitable. «¿Por qué hay alguien en el ministerio de la Guerra que ayuda a Franco? –pregunta un personaje perplejo y rabioso–.¹⁰

La verdadera traición sospechada es el malestar de fondo causado menos por mero error que por pura insidia. Se hace mención, a este tenor, de un ministro de la Guerra muy encumbrado que, en los primeros días de la guerra, intentó hacer traición a la República o, más adelante, colocar a un oficial felón con mando en el frente republicano. La inserción de referencia y su efecto acumulativo da a entender que también el error pudo haber malogrado algo en lo de Cabeza Lijar. Tenemos, en efecto, el personaje que se hacía llamar «el Negus», un tipo extraño, si no ya repulsivo, que aparece en casi todas las posiciones que el narrador va visitando. Siempre como al acecho y en oído atento, «el Negus» estaba de seguro en posesión de una información que normalmente no debía tener. Alegar su debilidad mental, como era el caso, resultaba una defensa a todas luces nada convincente. Aun sospechando de él, el narrador duda de sentenciarlo sin pruebas. «La sospecha de traición lo hubiera destruido en pocas horas, porque no había en él nada capaz de deshacer una hipótesis de ese género. Así era de blando, de informe, de caótico».¹¹ Por fin «el Negus» es sorprendido en flagrante traición y fusilado. Con bascas de sí mismo y todo, no hay más remedio; se trata de la Quinta Columna, de esa legión de traidores ubicuos que están ahí o aquí mismo, en todas partes y en ninguna. Y el caso es que puede pertenecer a ella un vecino, hasta un amigo... Tal se apunta la incipiente paranoia basada en el hecho mundo, en la experiencia cruda y en el miedo a salto de mata.

A completar el cuadro evocador de las misteriosas fuerzas negativas viene la fiel descripción que hace el narrador de una «amiga», recurrente personaje tan

¹⁰ Ramón J. SENDER, *Contraataque*, op. cit., p. 188.

¹¹ *Ibidem*, pp. 173-174.

ambivalente como para abrigar lealtades encontradas, cuando no la traición misma. Precisamente en estas secuencias en que se involucra a la «amiga», es cuando el narrador de la voz predominante se hace más plenamente todo un personaje. La encontramos, primero, cuando el narrador queda citado con ella en su apartamento madrileño a la sazón deshabitado. El narrador y su «amiga» se enzarzan en una conversación inacabable y tan movida como desordenada sobre la vida familiar y doméstica y por la que aboga el narrador. En éstas hace su aparición un nuevo personaje, turbio y enigmático. Bien pronto se hace evidente que se trata de un falangista convencido. Receloso, el narrador intenta pararle una trampa a su «amiga», pero sin éxito. Luego, el misterioso intruso intenta suicidarse y la «amiga» se pone a gritar. Es atendido por ella y es cuando se hace palmario que lo ama y que su visita aquella noche estaba planeada, o que al menos ella sabía que estaría presente en la entrevista con el narrador. Estas secuencias, tan repetitivas como las de «el Negus», no dejan de ser turbadoras en su evocación y mucho más accidentales para la novela que la visita del fascista en aquella extraña velada. La conversación sostenida entre el narrador y el herido sí que contiene elementos de propaganda: el narrador generoso, aun en su aversión, y el fascista alardeando desdén ante esos impulsos de generosidad y reales esfuerzos por salvarle la vida. De propaganda se impregnan también las descripciones de las batallas en el frente, así como en esta recién aludida parte de la novela. En esas descripciones trasciende una tendencia a la despersonalización de las armas y ataques republicanos, como si no fueran realmente usadas y ejecutados, respectivamente, por personas, lo que corre parejo con un proceso contrario en el caso de las armas y asaltos del enemigo, puesto que es éste el despersonalizado; tal vez sea más fácil despachar una vida humana si no ha de ser pensada como tal. De ahí que escriba el autor: «Los aparatos viraron, al llegar a la desembocadura de la vaguada, en el mismo valle, en ángulo recto y vinieron *decididos, firmes, sobre nosotros*»,¹² y en el Alto del León, un fusilero es alcanzado de un tiro, escondido en un árbol como estaba, y al caer queda colgado de una rama y... «Allí quedó *como un fruto monstruoso*, con la cabeza, las manos y los pies hacia abajo».¹³ Parecidamente se hace la descripción de los soldados enemigos muertos en estos términos: «ya desangrados, la cara y las manos amarillas *como limones en sazón*».¹⁴

Más fuerte, sin embargo, que estos elementos propagandísticos, es la visión ponderada y con frecuencia crítica a la hora de debatir y evocar la marcha de los acontecimientos de la ingente tragedia multitudinaria. Tácitamente se sugiere el tema del primer tramo de apertura en *Contraataque*, ulteriormente, como ecos; así, cuando los soldados afirman muy perplejos y en voz alta: «nos preguntábamos

12 *Ibidem*, p. 186. El subrayado es nuestro.

13 *Ibidem*, p. 127. El subrayado es nuestro.

14 *Ibidem*, p. 95. El subrayado es nuestro.

todos si el enemigo llegaría a tomar Madrid». ¹⁵ Y se acuerdan entonces de Talavera, donde también saltó la misma pregunta. Y en Toledo. La ansiedad se precipita. Y cuando «el Negus» y la «amiga» se ponen a humillar a los heroicos y honrados oficiales salidos del pueblo es cuando el tema del fratricidio empieza a saltar por encima de las cuestiones de triunfo. El lector tropieza, cada vez más, con imágenes como «la tierra herida», o aquella de «los pinos que sangran por sus heridas». Es natural. El país todo luchaba por su debilitada y desgarrada existencia. Es la Madre España la que está postrada y doliente. En este sentido, vencerla sería, en cualquier caso, una victoria pírrica.

Ahora bien, la segunda voz narradora, que hemos llamado exhortativa, podría operar también de otra manera en esa parte leonina de la novela. Esta voz introduce, efectivamente, en numerosos puntos del texto, pasajes de una o dos frases nada más que resultan ser de un alcance equivalente a páginas enteras. Categórica, apasionada, insistente, habla esta voz de un modo asaz distinto del que suena en la voz narradora predominante; en los pasajes más largos, la prosa se encrespa en un *crescendo* retórico muy senderiano y son frecuentes las exclamaciones. La voz predominante habla casi siempre poniendo el verbo en pretérito imperfecto; raramente se emplean formas del verbo en presente (histórico, en estilo directo) para llevar la acción a un plano de actualidad a efectos de hacer el cuento más directo y próximo. Por otra parte, hay que decir que la voz introducida sí que adopta el estilo directo y habla casi exclusivamente en presente. Diríase que el autor se propone resumir, hacer una síntesis, sacar o abstraer lo general de toda la serie de partes de la narración entera. Y exhorta a tener fe en el triunfo que, de seguro, ha de llegar. No obstante, si seguimos esta voz hasta su intersección con la predominante, en el recuento de los días esperanzadores de la «Primera de Acero», ésta suena marcadamente separada de la del mayor tramo. Su intrusión diríase en aumento por alguna razón extraliteraria, más y más divorciada como va quedando de la integridad del texto, deviniendo más un elemento corrector del texto que su complemento. En cuanto ahonda el sentido de la tragedia, la voz exhortante resulta subvertida y refutada por la voz narrativa, que es siempre más fuerte. O dicho de otro modo: la voz correctora falla en su corregir y la ruptura se va haciendo mayor hasta llegar a las partes en que se describe detalladamente la defensa popular de Madrid, ese prodigio que tan profundamente ha conmovido y que tan prolíficamente ha inspirado al mundo. En ese punto vuelven a juntarse, siquiera brevemente, las dos voces narradoras: si se pudiera parar al enemigo en la Ciudad Universitaria y en las calles de Carabanchel, a lo mejor aún podría alcanzarse la victoria de la República, después de todo. Sin embargo, sobre este extremo se siente fuertemente en *Contraataque* la razón de que una victoria no dejará de ser siempre una derrota, en el sentido arriba ya apuntado.

¹⁵ *Ibidem*, p. 279.

Las oscuras esquinas de las calles de Madrid, «detrás de cada una de las cuales aguardaba el viento ignorado, proyectaban sombras venenosas».¹⁶ Casas en que habrían vivido familias enteras y habrían jugado los niños ahora están desventradas, aunque por fuera pareciesen intactas. Sus originarias estructuras interiores son ya escombros que se amontonan en la calle. «Los escombros, en fin, que eran como las vísceras arrojadas por la boca».¹⁷ Ese «veneno» tantas veces evocado en las partes de la voz narrativa, aún más que el alentar insoportable de la Bestia y su espíritu malo, es una metáfora como ésa de las casas vaciadas por dentro. El odio, la violencia y la destrucción se han cobrado sobradamente su tributo.

Un día, por las calles desiertas Moncloa adelante, en un frío diciembre, tan frío que crujía el suelo helado bajo las botas, el narrador se encuentra con un anciano que debería de andar por los setenta. La expresión del viejo es de «una dureza ingenua»:

Rala barba blanca, que no era barba, sino miseria física. Llevaba las manos escondidas y de sus hombros estrechos salía la cabeza, que tenía algo de las cabezas de las tortugas. Miraba extrañado a su alrededor, pero su gesto dolía en la nuca. En sus ropas había cristales de varias lunas, y polvo llevado y traído por los vientos de las encrucijadas.¹⁸

Vacilante, el anciano se acerca a una puerta, empieza a entrar y luego retrocede unos pasos murmurando «con un espanto infantil en los ojos, murmurando una frase que era como una disculpa o una pregunta. –No hay nadie».¹⁹ Ese movimiento del anciano se repite varias veces y como arrastrando, casi sin rozar, un dedo amoratado que empuja a una sandalia. Al ver al narrador, va a su encuentro, tendiéndole la mano en un gesto de esa *urbanidad de la supervivencia*. El narrador le pregunta adónde va:

- Por ahí, a la caridad de Dios.
- No existe ya Dios.
- ¿Eh? –preguntaba sin comprender.
- Que lo han matado a Dios.
- Eso no es la ley. A Dios, ¿quién lo va a matar?²⁰

La magnitud de la desgracia en el anciano se asocia al recuerdo de un joven enemigo hecho prisionero en octubre último, en el frente de Seseña. El soldado, en

¹⁶ *Ibidem*, p. 376.

¹⁷ *Ibidem*, p. 376.

¹⁸ *Ibidem*, pp. 350-351.

¹⁹ *Ibidem*, p. 351.

²⁰ *Ibidem*, p. 351.

un estado físico lamentable y medio enloquecido, es conducido en presencia del narrador. En uno de sus bolsillos se le ha encontrado una carta a sus padres algo incoherente y deslavazada, que el narrador transcribe porque «tiene interés documental»:²¹

Queridos padres: Hace días que quiero escribiros, pero no tengo dónde poner el papel, que se ensucia en todas partes. [...] Y después de tanto buscar, ahora resulta que no sé qué deciros, porque, cuando he dicho «queridos padres», ya no se me ocurre nada más. La vida es mala. Tengo miedo a los muertos por la noche, pero durante el día les tengo envidia, porque, aunque están tan sucios y tan destrozados, ya no oyen ni ven. A los heridos no les tengo envidia, porque aunque se marchan, siguen viviendo y tendrán que volver aquí. [...] He puesto el papel encima de un muerto y, como tenía la camisa sucia, se ha manchado. Le he retirado la camisa y he puesto el papel en su espalda. La piel está limpia, pero muy fría. Es también un frío muy particular, que hiela sin ser demasiado frío. El papel no se manchará más [...]

Ahora no os alegréis de eso ni de ninguna otra cosa, porque os condenaréis. Aunque se me va la memoria, no os olvido, como mis padres que sois. [...] Olvidaros también vosotros de todo y de mí también. Lo mejor sería olvidarse para siempre de todo.²²

El soldado termina la carta pidiéndoles dinero a sus padres, «porque sin dinero no es uno nadie», y añadiendo un «¡Arriba España! ¡Viva el caudillo!» y firmando la carta después de «Vuestro hijo.— CEFERINO».²³

Hasta las últimas expresiones obligadas de la carta, no se puede saber de qué bando es el que la escribe ni cuál puede ser su filosofía política —en el caso de que tenga alguna—. Ceferino es uno de tantos soldados del frente, de cualquier frente y de la guerra que sea: brutalizado por la guerra misma y, a lo mejor, por su propia brutalidad.

Como se da en tales momentos, al abordar la tarea de narrar algo, la voz exhortativa ha alterado el mensaje, tal vez forzada por el peso de los acontecimientos a torcer la línea de su círculo. Y como el círculo de la voz narradora predominante ha sido desplazado del contexto inmediato y personal al siempre más generalizador círculo de la marcha de la guerra y de la lucha de la República por su supervivencia, volviendo de nuevo a lo personal si toca cederle el sitio a la voz narradora número 4, así también se mueve la voz exhortativa: por ciclos. Sí, se desplaza de lo inmediato a lo distante o remoto, pero luego, al tratarse de la defensa

²¹ *Ibidem*, p. 314.

²² *Ibidem*, pp. 314-315.

²³ *Ibidem*, p. 316.

de Madrid –que es el punto en que vuelve a producirse la intersección de los dos círculos–, retorna a la inmediatez. La voz primera, tan insistente en dar por cierto el triunfo próximo, va remitiendo poco a poco, pasando a las afirmaciones de ciertas garantías que, eventualmente, pueden dar la victoria a la causa del pueblo español, pero batiéndose, por fin, en retirada con declaraciones tales como la de que algún día, en el devenir de la historia, con otra generación y en otro escenario, saldrá victoriosa la causa de la República española. Sólo con un milagro deparado al sitio de Madrid se podría volver a la seguridad inicial de una victoria no aplazada, sino al alcance de la mano.

La verdadera existencia de la voz exhortadora, así como su funcionamiento y evolución, motivan la pregunta sobre la identidad del público lector esperado. La publicación de *Contraataque* en 1937, primero en inglés y en francés y sólo más tarde en español y en España, nos da a entender que el libro formaba parte de un complejo de esfuerzos desplegados por la República a fin de ganarse el favor y concitar la ayuda de las democracias occidentales –a cuyos esfuerzos Sender contribuyó también por otros medios–.

Los elogios que se prodigan en el libro a las autoridades y ejército de la República; los numerosos testimonios con que rinde homenaje a los anónimos luchadores del pueblo español por su devoción y sacrificio a la causa republicana; sus frases de explícita admiración y afinidad por los comunistas, porque supieron llegar a controlar los esfuerzos de la resistencia al enemigo –aunque Sender habla clara y primordialmente sobre los comunistas no rusos (los del Partido Comunista Español), y su aseveración, bien que eventualmente, de que todo estaba unido en el seno de la República del presidente Manuel Azaña... todo está, pues, encarrilado en este libro al mismo fin.

Sin duda, hay que convenir en que, en los dos últimos puntos aludidos, se ha deslizado en el libro una buena dosis de favorable glosa, por no decir de propaganda, así como en la dicotomía con que se pinta, por un lado, la bestialidad de los *rebeldes versus* la decencia impecable de los *leales* hay indudablemente maniqueísmo un tanto proselitista. La breve mención que hace de este libro Peñuelas en su ensayo *La obra narrativa de Ramón J. Sender* es para afirmar en sustancia que *Contraataque* tenía, precisamente, ese designio propagandístico, pero lo malo es que se desentienda del cómo y del qué de ese designio, que es lo verdaderamente importante.

Ahora bien, *Contraataque*, tal y como nos pinta un gobierno frangollón y nos hace presente, directa o indirectamente, la persistente presencia de la «Quinta Columna», añadido todo esto y más a su propia visión contrapuesta al *establishment*, no puede ser tomada en serio como novela propagandística. La única ofensiva republicana de alguna importancia que se cuenta en esta novela es la de Seseña, de la que dice nada menos que fracasa por más de un error, dando a entender, ade-

más, que no puede esperarse, ni remotamente, que inspire alguna confianza en el extranjero un mando que, en pleno esfuerzo bélico, se olvida de que tiene un tren con cuatro vagones de tropa apretada como sardinas en lata y que tiene que quedarse toda una noche a la espera de una orden de ataque que no llegará nunca, mientras la gente, pasado el primer momento de tensión a la expectativa del combate, no puede por menos que desmoralizarse de cansancio y profunda decepción. La tensión entre la voz exhortativa y la predominante, el tono en que estas voces claman más que hablan, todo esto hace pensar en que el texto va dirigido a un público bien diferente, a saber: el de la España republicana, y no a los públicos del extranjero a quienes habría que dorarles la píldora. También es muy posible que las intenciones del autor fuesen multívocas, si es que no fue responsable del resultado final la distancia entre plan y realización. No, no. Este libro de Sender puede mejor verse –y así lo vemos nosotros– como un llamamiento a la fe y como un gran grito arengando a compartir la suerte de una tierra prometida. E incluso el hecho de que en este mismo hable Sender bien de los comunistas –con quienes, ya antes de la publicación del mismo, andaba nuestro autor más bien a la greña– podría interpretarse como un noble empeño en presentar ante el mundo un frente unido en toda la línea para bien de la República (¡todo sea por la Causa!), ya que no sería muy propio de Sender verlo como una maniobra para reconciliarse con fuerzas que él creyera negativas. A la luz de estas posibles dificultades, seguramente tan hondas como sutiles y prolijas, cabe encontrar la razón de la tardanza que sufre la edición del libro en el país al que más directamente concierne y en la lengua en que fue originalmente escrito.

Otra cosa: cuestiones de primera o segunda intención aparte, la tersa, dramática y hondamente impactante prosa del último tramo de esta novela, ¿no plantea la pregunta de si Sender, a última hora, no escribió para sí mismo, quién sabe si con el propósito o la pulsión interior de hacer de esta novela una válvula con que descargarse de abrumadoras pesadumbres? En la última parte de *Contraataque*, la cuarta voz narradora describe detalladamente las circunstancias de los asesinatos de su mujer y hermano –y aquí se confunden en una sola las personas del autor y narrador–, más las gestiones para recobrar a sus hijos y reunirse con ellos en el Sur de Francia con ayuda de la Cruz Roja. La esposa del narrador-autor fue ejecutada en octubre de 1936 y en su ciudad natal, Zamora, adonde había ido a refugiarse con sus hijos bajo la protección de su familia, que aún vivía en la capital zamorana. El autor-narrador se enteró de su muerte, según él mismo puntualiza, en enero de 1937, inmediatamente después de los acontecimientos descritos en la novela y justo antes de escribir el libro. El mismo Sender declara en *Conversaciones*,²⁴ que esos últimos tramos de la novela constituyen un relato fáctico, objetivo de las circunstancias en que se perpetró el asesinato de su mujer. Y viene a apuntalar esta

²⁴ *Conversaciones...*, op. cit., pp. 88-91.

idea la evidencia que el texto nos ofrece de que el libro está escrito en buena parte a base de las notas que había ido tomando su autor a lo largo de su campaña militar. Así lo demuestran datos como el que sean tan escasas las referencias a las posiciones que en su tiempo se mantenían todavía; o el indicio de que aparezca la fecha 14 de junio, cuando es obvio que la misma no puede pertenecer al año 1936, que es el que encierra toda la acción de la novela. Las notas en cuestión pudo haberlas tomado Sender, pero para su uso operativo de autor, sin que por eso tuviese necesidad de incluirlas en el libro, so pena de dañar una información probablemente farragosa y molesta a la obra de arte de la novela, cuando no a la imagen misma de la República.

Y, por último, en la sección final de *Contraataque*, el narrador-autor implícito, aquí lo más estrechamente próximo a Sender, se dirige al colectivo público lector varias veces en un plural familiar. Y es ésta una muestra de informalidad que no se da en ninguna otra parte de la novela, mas su poderosa emoción es refrenada de golpe y abruptamente rota, quebrada.

En este último tramo parece querer sugerirnos también el autor que el libro fue, total o parcialmente, escrito en algún –o algunos– períodos de intensa actividad bélica o militar directamente involucrada con la guerra. «Recobrados mis hijos, restablecidos, vuelta la alegría –ésa sí que es divina– a sus ojos, volveré al frente», escribe Sender en la última página de su novela.²⁵ Lo cierto es que Sender pasó primero una breve estancia y luego una segunda más prolongada en el extranjero durante el año 1937.²⁶ El libro, pues, puede haberlo escrito como válvula de un estado de presión llegado a un clímax en medio de una composición de lugar con examen de conciencia, frente a una tragedia personal que emerge como metáfora desde todo un sentimiento de perdición nacional globalmente considerada, mucho más profunda y esencial de lo que puedan significar victorias o derrotas militares. Un himno de exaltación de un sueño para todos aquellos que lo defendieron es también *Contraataque*; pero a un nivel todavía más trascendental: un profundo lamento. Y los reales verdaderos elementos que hacen de la obra una novela y que nos parece se integran en la creación de ese lamento son:

- la riqueza de la imagen;
- la vivacidad de los personajes retratados;
- la multiplicidad de las personas/voces narradoras

²⁵ Ramón J. SENDER, *Contraataque*, op. cit., p. 390.

²⁶ Sender pasa dos meses con sus hijitos en Pau, a principios de 1937, después de haberle denegado el mando comunista y su incorporación a las unidades de la C.N.T. en el frente del Segre; luego hace una gira de conferencias por los Estados Unidos para promover la causa republicana española y vuelve a Francia, a París, donde funda y dirige *La voz de Madrid*. Después continúa la lucha en España. *Contraataque* se publicó en Inglaterra a mediados de 1937 (cfr. *Conversaciones...*, op. cit., pp. 58-59 y 88-89).

- y de la visión lograda;
- la creación, en suma, de todo un universo literario en expansión.

Las transformaciones que en el texto se producen, vehiculadas por la voz narrativa, hacen imposible cualquier intento de aventurar una definición única de victoria –o derrota–. Han enmudecido aquí todos los absolutos. Y las cuerdas que más suenan y resuenan son los relativos contrastes del hombre: su resistencia y fragilidad, su venalidad y heroísmo, sus flaquezas y aspiraciones transcendentales.

Las palabras finales de la novela, a pesar de todo, producen, en ese sentido, un efecto definitivo: «Pronto os podré contar cómo fue el triunfo, aunque para mí, en el círculo de mis alegrías o mis dolores privados, ya no será un triunfo, sino una compensación».²⁷

Y eso habría sido para muchos.

²⁷ Ramón J. SENDER, *Contraataque*, *op. cit.*, p. 390.